

CAPITULO VIII

EL SACRAMENTO DE LA PALABRA

(Continuación)

“La función *significa* (sic) de la lengua”, dice S. Langer, “se ha incorporado en su propia estructura; porque en cada proposición hay por lo menos una palabra, el verbo, que ejerce la doble función de combinar los elementos mencionados en una forma proposicional, y de afirmar la proposición, esto es, conectarla de algún modo con algo en la realidad. Es a causa de esta función aseverativa implícita, comprendida en el propio significado del verdadero verbo, que toda proposición ha de ser o falsa o verdadera. El símbolo que se limita a expresar un concepto, esto es, una imagen, o un nombre, no es ni cierto ni falso, aunque es significante”. Es a esta función aseverativa de la predicación a lo que se refiere el Apóstol, cuando dice: “Las cosas inanimadas que hacen sonidos, como la flauta o la vihuela, si no dieran distinción de voces, ¿cómo se sabrá lo que se tañe con la flauta o con la vihuela? Y si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se apercibiría a la batalla? Así también vosotros, si por la lengua no diereis palabra bien significante”. (I Cor. 14:7-9).

La expresión verbal sin sentido es placentera a la sensibilidad infantil, del pueblo o de la persona, responde a una manera emocional, incierta y vaga de sentir la realidad, como en sueños, una manera más cercana de la animalidad y la naturaleza. "Hermanos", aconseja el Apóstol, "no seáis niños en el sentido, sino sed niños en la malicia, empero perfectos en el sentido". (*I Cor.* 14:20). Y también dice: "Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos y te alumbrará Cristo", (*Ef.* 5:14). Pero la palabra adulta y razonable, que conserva la ternura de la niñez en lo que tiene de sensibilidad para lo maravilloso, para el secreto designio de Dios revelado en las cosas que son hechas (*Romanos* 1:20) será a la vez poética, luminosa y significativa.

"Pretendiendo esto", dice Pablo, al reflexionar en su obra misionera, "¿piénsolo según la carne, para que haya en mi Sí y No? Nuestra palabra para con vosotros no es Sí y No. Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que por nosotros ha sido entre vosotros predicado, no ha sido Sí y No; mas ha sido Sí en él. Porque todas las promesas de Dios son en el Sí, y en el Amén, por nosotros a gloria de Dios". (*II Cor.* 1:17-20). Por muchos años, estas palabras fueron para mí como las *Rimas de la Madre Gansa*, bonitas y enigmáticas, pero sin sentido. Vistas desde la cuarta perspectiva, son como la palabra descrita en *Colosenses* 4:6. "Siempre con gracia, sazónada con sal". La *función significativa del verbo*, que analiza la profesora Langer, se mueve entre el Sí y el No en las tres primeras perspectivas de la verdad; pero en la cuarta, el Verbo es una sola, universal y poderosa afirmación. El referente de ese Verbo no cabe en nuestra mente "excede a todo conocimiento", (*Efesios* 3:19) y, sin embargo, "aun

a Cristo conocimos según la carne". (2 Cor. 5:16). La redención del tiempo (Efes. 5:16), a que invita el Apóstol, consiste en ir caminando racionalmente sobre el Sí y el No, hasta llegar por fe a la esperanza de nuestra vocación, el Sí en Cristo. (Efes. 1:18).

Si pretendiéramos establecer una correspondencia de igualdad entre la realidad, la referencia espiritual o contenido mental y la formación verbal, veríamos en seguida que toda experiencia es infabla. Un profesor mostraba esto pidiendo a sus alumnos que se mordieron la lengua, no muy recio, y luego trataran de expresar en palabras lo que sentían. No se puede. Lo mismo cuando tratamos de expresar cualquier otra referencia mental, no importa cuán sencilla o complicada sea. Jamás podremos comprobar que cuando una persona dice: "Huele a quemado", su oyente entiende exactamente lo mismo cuando contesta: "en efecto, huele a quemado".

El ejemplo de lengua científica más universal y perfecta sea tal vez el lenguaje matemático. La razón de su universalidad y perfección está en proporción inversa con la realidad concreta de su contenido. La palabra *dos* alcanza universalidad perfecta cuando no se refiere a dos gatos, o dos hijos, o dos naranjas, sino únicamente a dos en abstracto, a un dos puramente espiritual sin contenido de realidad existencial. Hay la misma distancia infinita entre *dos* naranjas y un simple *dos* que entre la palabra *bijo*, como la da el *Léxico de la Lengua Española*, y la frase casual, casi ordinaria "y éste es mi *bijo*", del padre o la madre que lo señala entre la multitud de una clase graduanda, para mostrárselo a un amigo. El *bijo* del *Léxico* es todo palabra, carece de referencia existencial; el otro *bijo* es todo referencia, la palabra es un mero interme-

diario casi sin valor. Pero el predicador cristiano ha de cuidarse que sus palabras sean siempre vivas, plenas de referente real. Y es aquí precisamente, donde radica la dificultad; porque es necesario entenderse, comulgar espiritualmente por la mediación de ese lenguaje vivo, enraizado en la realidad de cada cual. Solamente cuando la realidad de cada cual es también realidad universal, puede lograrse el milagro de ser uno, y a la vez otro, de amar al prójimo como ama uno lo suyo propio. Baste por ahora decir que ese es el problema central de la vida cristiana.

La tarea del predicador cristiano consiste en penetrar, a través de palabras ajenas y lenguas muertas, el contenido de la experiencia cristiana. Una vez alcanzado el comienzo de la verdad, comprobarla y enriquecerla en su experiencia, hasta llegar al cuarto plano de contemplación, a la perspectiva de lo alto. Entonces, llamado a ejercer con los demás el mismo ministerio de la palabra que otros ejercieron con él, buscar en los otros, y en la lengua de ellos, la puerta por donde pueda llegar hasta sus espíritus. Esto fué lo que el apóstol Pablo hizo con el *Koiné*, el griego vulgar, enriqueciendo el sentido de palabras usuales, como *ágape* o *elesía*, y creándolas nuevas. Eso hizo Jesús con la palabra *cruz*, o con la palabra *yugo*. Llevad sobre vosotros mi yugo, nada tiene que ver con los bueyes. El yugo de Cristo es un recurso mental para aprender mansedumbre y humildad, y alcanzar reposo espiritual. (*Mateo 11:29*).

Los enamorados no se hablan cuando la presencia es más elocuetne que toda palabra; pero en la ausencia, la palabra, mezquina e imperfecta, es el sacramento de la presencia. La verdadera palabra reside en la Persona, es

la Persona. Cuando el Verbo se hace carne, y le conocemos, es piedra de escándalo para el hebreo, y locura de la cruz para el griego. (*Cor.* 1:23). La palabra profética, la Biblia, es sólo una antorcha que alumbra en lugar obscuro. (*II Pedro* 1:19). Pero la presencia en Espíritu, la verdadera Palabra, es inefable, porque es únicamente afirmación; victoria sobre toda negatividad. Esa no se predica, se vive solamente. Toda predicación, en cuanto es voz, habla, como de flauta, vihuela o trompeta, se mueve entre el Sí y el No, en el tiempo, categoría humana, y en el espacio, categoría de la pura existencia.

Un gran orador, y a la vez maestro de predicadores, ha dicho: "El saber es lo que da abundancia de palabras y el acierto en elegir las; y si el discurso no contiene un fondo real y efectivo de verdadera substancia y un caudal de ciencia, degenera en vana palabrería desprovista de razón". (*Cicerón, Del Orador*, versión de Nicolás Estévez, Garnier, París, pág. 8). Sin embargo, con sabiduría y dedicación solamente no se hace un orador. La oratoria es un arte, y quiere, además del ejercicio y del saber, talento artístico. El predicador cristiano, por sobre todo eso, ha de apoyarse en la vocación para ese ministerio, y en la sabiduría que la manifestación en su mente del sentido y significación de Jesucristo tiene para toda la vida y para toda la realidad. "Porque mirad vuestra vocación", dice Pablo, "que no sois muchos sabios según la carne... Mas de Dios sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación, y santificación, y redención". (*I Cor.* 1:26 y 30). Estas son las *Categorías* cristianas, y con ellas adquiere el predicador un poder especial, un talento para su expresión en las palabras de su lengua ordinaria, y para transcribir esa lengua con nueva semántica.

“La evolución del lenguaje y del Estado”, dice Simmel, “del derecho y de la religión, de las costumbres y de las formas generales del espíritu, sobrepasa los límites del alma individual. Los individuos pueden participar de esos contenidos espirituales, pero la medida variable de esta participación no altera el sentido o la necesidad de aquellas esferas. Mas como en su totalidad han de tener un productor y portador, que no puede ser el individuo, parece no quedar otro recurso que considerar como tal sujeto, a la sociedad, a la unidad que está fuera y por encima de los individuos. Hay aquí una esfera constituida por aquellos productos de indiscutida espiritualidad que existen en la sociedad y que, sin embargo, no dependen de los individuos como tales, de tal manera que, a no ser que hayan caído del cielo, sólo puede considerarse como creadora suya la sociedad, ese individuo espiritual que está más allá de los individuos”. (*Sociología*, Tomo II, Pág. 153).

El predicador, cristiano o secular, y sus oyentes, nacen en ese control social, y adquieren de él la lengua, como adquiere el pez sus agallas para respirar en su contorno líquido, y el ave sus alas para moverse en su contorno de aire; la lengua es el órgano espiritual y humano por excelencia. Con la lengua, adquiere también por modo subconsciente, los órganos de reflexión: las ideas. Cuando el hombre ha pasado de la niñez física y social, histórica y culta, a la madurez, está listo para el nuevo nacimiento. “¿Cómo puede esto hacerse?”, preguntó Nicodemo. (*Juan 3:3*). Misteriosa es la simiente de la vida; no lo es menos la simiente del espíritu. La palabra es para esa simiente como la bellota para la semilla del roble: su vehículo, su sacramento. El predicador ha de utili-

zarla como Sócrates y como Pablo, para partear los espíritus. (*Gálatas* 4:19). Menester es que nazca primero, en su Camino de Damasco, que madure después, como Pablo en la Arabia, que reciba luego su encomienda, "no según hombre, más por revelación de Jesucristo". (*Gal.* 1:11-12). Entonces la Palabra empezará a tener un nuevo sentido y un nuevo poder.

El pan y el vino de la Última Cena han llegado a ser el sacramento por excelencia, con forma, sentido y ritual muy especiales. Pero aquella noche memorable, el pan y el vino fueron tomados de la mesa pascual, la de siempre, la mesa del éxodo, la mesa de la peregrinación. En los *Autos Sacramentales*, de Calderón, la Cena del Rey Baltasar puede transformarse, de súbito, en altar de la comunión. Los peregrinos hacia Emaús conocieron al Señor en el momento de partir el pan, el cotidiano, el pan nuestro de cada día. Así también es el sacramento de la palabra. El saber y el habla fluyen en la corriente portadora, en esa esfera de espiritualidad señalada por Simmel: estado, derecho, religión, costumbre, todas las formas generales del espíritu, transmutadas en lenguaje, y éste, la fuerza vital más vigorosa de la sociedad. El predicador ha de tomar esa palabra y transformarla en palabra de vida eterna, tal como hace Jesús al partir el pan y al trasegar el vino.

La perspectiva de Jesús transforma el sentido de la vida. Los actos ordinarios no cambian, tal vez, pero cambia la fe de quien los vive, y con el cambio de fe, también cambia el sentido de los actos. (*Romanos* 14:14). Lo mismo acontece con la palabra ordinaria, queda iluminada y transfigurada por la presencia de La Palabra extraordinaria, el testimonio de Jesucristo. Pensar como

los sabios y hablar como los demás ha sido siempre la norma de los grandes predicadores. Un eminente filólogo ha dicho que quien escribe como se habla irá siempre más lejos que quien escribe como se escribe. Llaneza, siempre llaneza, el buen consejo de Maese Pedro. ¡Pero cuán difícil es esa facilidad! Para que la sencillez no sea mera trivialidad, ha de resultar de la depuración. La cuarta perspectiva ofrece al predicador el panorama de las alturas en cielo despejado y atmósfera transparente. Si la visión es clara, el pensamiento alto y profundo, el estilo ha de ser diáfano, como el trasunto mismo del pensamiento.

Con la cultura, se adquiere la lengua. Con la vida cristiana, mas el estudio y la reflexión, se elabora el pensamiento, en las palabras de la lengua viva. La imaginación, tras los bastidores de la conciencia, termina la obra preliminar. Entonces, el predicador responsable comienza su elaboración artística, bajo la dirección de su Dueño. El aprendizaje y la práctica en el salón de clases sirven solamente como una anticipación de ese momento, como quien estudia un mapa antes de aventurarse por un país extraño. Cuando regrese de su viaje comprenderá mejor la carta geográfica y los álbumes de fotografía: meras metáforas de la realidad.

Cauteloso hay que ser con el proceso renovador de la metáfora en constante peligro de perversión. El sentido descarriado es el precio de usura que hemos de pagar si no rastreamos por la vida real la huella de ese ímpetu expresivo. "Esto es mi cuerpo, y esto es mi sangre" se desgarrita por la vía de una semántica supersticiosa hasta dar en el dislate de la transubstanciación, el solo nombre asusta. Convertido en dogma absurdo lo que fué la vi-

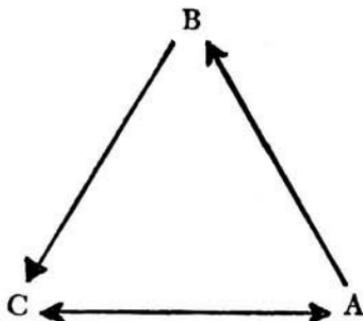
sión poética de una realidad objetiva, de un milagro de pasión vicaria, el crimen, la Inquisición y la guerra son los frutos extraños de ese enigma de amor simbolizado en el pan y el vino, los más ordinarios menesteres de la vida humilde en Palestina.

Reducidos al triángulo semántico, los escollos de este naufragio aparecen más a lo vivo.

Primer Momento

Idea de estas necesidades vitales

(Referencia)

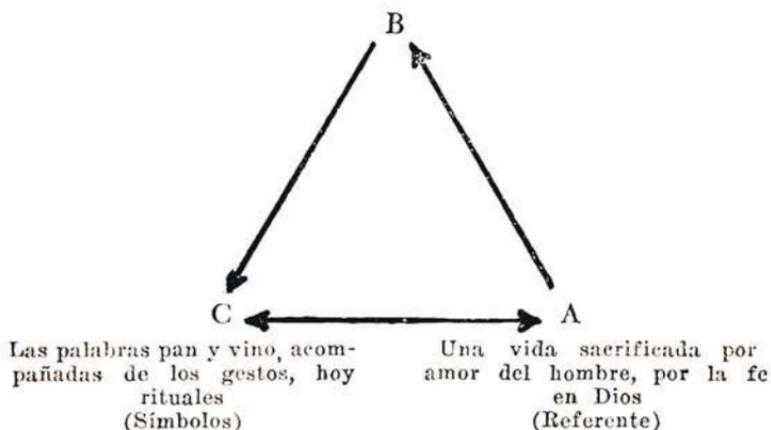


Las palabras que
las representan
(Símbolos)

Pan y Vino ordinarios
(Referente)

Segundo Momento: en los Labios de Cristo

Contenido espiritual de la mente de Cristo
(Referencia)



Tercer Momento: La Perversión

Ideas Confusas (Referencia)

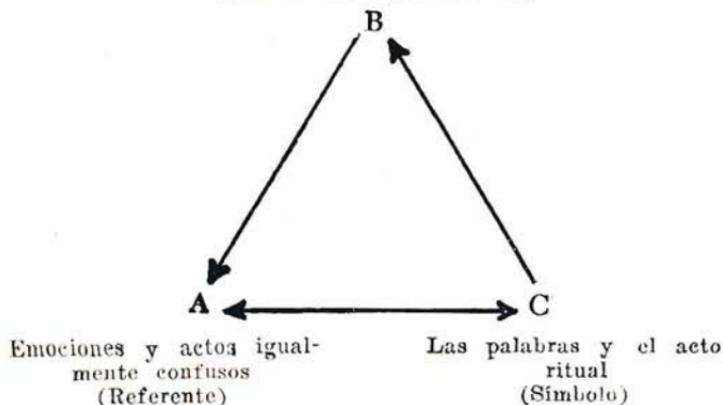


Figura 11

La metáfora, como señala Walpole, es hija primogénita de la impericia lingüística. Cuando mi hijo Carlos no sabía denominar los colores, al desenvolver un helado de piña, entusiasmado con su color dorado, exclamó: “¡Mamá, es color de luna!”; no porque fuese poeta, sino porque no sabía la palabra amarillo. Otro niño de su edad, pasando sus manitas sobre la yerba, murmuraba para sí repetidas veces: “el pelo de la tierra”; porque no conocía la palabra césped. “Una ficción”, dice Walpole, “es toda palabra que carece de referente”. La habilidad para distinguir la índole metafórica de las *ficciones* fortalece nuestro dominio de los símbolos y nos capacita para discernir mejor las realidades objetivas que éstos substituyen. (Cf. Hugh R. Walpole, *Semantics*, W. W. Norton, N. Y., 1941, Pág. 172 *et passim*). Lo que olvidan estos semanticistas, con deplorable frecuencia, es que los objetos físicos no son los únicos referentes de la vida mental.

“Hobie Baker” —dice Stuart Chase refiriéndose a su gato— “jamás podrá aprender a hablar. Puede aprender a responder a mi conversación, como responde a otros signos. Puede emitir sonidos indicando dolor, placer, excitación. Pero no puede disponer de palabras y de lenguaje. En ciertos respectos esto es una ventaja para Hobie; porque no sufrirá de alucinaciones provocadas por lenguaje defectuoso. Seguirá siendo un realista toda su vida. Ciertamente, él puede pensar a su manera, interpretando signos a la luz de experiencias pasadas, decidiendo deliberadamente su curso de acción, el cual tiene un alto valor de supervivencia. Hay más superficie lisa en su cerebro que en el mío, y puede que esta sea, tal vez, una de las razones por las cuales él no puede aprender

a hablar. Hobie entiende el sentido de los signos como los entiendo yo, por medio de la experiencia pasada. Los seres humanos incurren en identificaciones erróneas que seleccionan y preservan en palabras, por lo cual no pueden enmendarlas continuamente, como hacen los gatos. La mayor parte de los niños no conservan el juicio realista del contorno, como es el caso de Hobie Baker. A una temprana edad comienzan las identificaciones verbales y las abstracciones confusas. Y apenas adquieren un crudo lenguaje comienzan los niños a sufrir por su causa, y a mal interpretar el mundo en su consecuencia". (*The Tyranny of Words*, Harcourt Brace and Co., N. Y. 1938, Págs. 46-56).

Adam, por desgracia, no siguió el modelo de Hobie Baker, sino el mal consejo de su mujer, por donde vinimos a heredar los hombres esa ciencia de bien y de mal que funciona con palabras. "Si la Naturaleza te ha dotado del don de la palabra" —aconseja Sócrates a Fedro—, "conseguirás llegar a ser orador de fama siempre que añadas a tus disposiciones naturales el estudio y el ejercicio... Cuando un orador, ignorante de lo que constituye el bien y qué el mal, sorprende a la ciudad, tan ignorante como él, y la persuade, a fuerza de alabanzas, no a tomar la sombra de un asno por un caballo, sino el mal por el bien, "¿qué frutos crees tú que pueda cosechar la retórica de semejante siembra?" El primer procedimiento para alcanzar la maestría de la palabra consiste en "abrazar en una sola mirada y comprender en una sola idea lo que estaba desprestigiado por una y otra parte, con objeto de delimitar cada cosa y hacer evidente aquello de que se quiere tratar. El segundo consiste en poder dividir de nuevo esta idea siguiendo sus articula-

ciones naturales en vez de ensayar, cual haría un torpe descuartizador, a romper cada una de sus partes... ¡He aquí, oh Fedro, de quien estoy enamorado!, divisiones y síntesis gracias a las cuales soy capaz de hablar y de pensar". (Versión Bergua, Madrid, Págs. 360-370). Esta visión integral del hecho dentro del suceso, y éstos dentro del panorama total de la existencia requiere más recursos que los del cerebro liso de Hobie. En el predicador cristiano requiere el colocarse, por la vocación de Dios, en el cuarto punto de vista, la perspectiva de lo alto, la forma o el patrón de la mente de Cristo.

Los franceses dicen que una ciencia es un lenguaje preciso. Temo que Hobie Baker, apesar de la admiración que despierta en su amo, jamás alcanzará esa ciencia francesa, ni siquiera la más ordinaria del bien y del mal. Hablar, según las profesoras Bryant y Aiken, es consecuencia de la capacidad de abstracción. (*Psychology of English*, Columbia University, 1940). No se puede aprender a hablar sin correr los riesgos que la abstracción ofrece. "Un signo", dice Cassirer, "es parte del mundo físico del sér; un símbolo es parte del mundo humano del sentido". (*Essay on Man*, Universidad de Yale, 1944, pág. 32). Sin pensamiento abstracto no hay lengua posible; pero sin lengua, tampoco funciona el pensamiento abstracto. El tiempo es creación del pensamiento abstracto apoyado en el momento; el espacio, es también creación abstracta, apoyado en el lugar. Solamente cuando el tiempo y el espacio aparecen en la mente humana, se puede establecer lo que ha llamado Susane Langer la distancia psíquica, donde pueda contemplarse el mundo con perspectiva significativa. Es en este ámbito psíquico donde pueden percibirse las relaciones y las cualidades de los objetos, donde

cada uno adquiere el relativo valor que le da nombre. (Cf. Langer, Págs. 70, 80-81). Corzybski designó al animal con la frase "space-binder", y al hombre como "time-binder". El perro concibe su mundo espacial, suyo único; el hombre lo concibe espacial y temporal, suyo ajeno, cambiante y comunicable. (Cf. *People in Quandaries*, Pág. 164).

"Tratamos de imponer sobre el orden natural la tortuosa estructura de nuestras formas verbales", dice Stuart Chase. De ahí la ventaja del gato. "Si deseamos comprendernos y comprender al mundo, debemos usar una lengua cuya estructura corresponda al mundo físico". (pp. 59-88). Pero Hobie Baker es demasiado animal para inventar esa lengua, su amo recurre a Korzybski, escritor polaco, quien le comunica el secreto de su *diferencial* de la estructura, un aparatito compuesto de varios rótulos en serie, para fijar con todo rigor la dispersión semántica de cada palabra, la relación de las dos estructuras, de la realidad y de la lengua, desde su nivel macroscópico, hasta el submicroscópico. Algo parecido al concepto socrático, pero más polaco y menos griego, como es natural.

Cicerón, que no conoció a Korzybski, practicaba, sin embargo, el hábito de buscar el referente y las referencias de las palabras, y aun de buscar las palabras para designar los hechos, una vez conocidos. "Hay que saber", dice, "si el hecho es real o no; suponiendo su realidad, determinar el hecho y el nombre que ha de dársele; por último, hay quien agrega otra cuestión: la de saber si el hecho es lícito o no lo es". (*Del Orador*, versión de N. Estévez, Garnier, París, Pág. 45). ¡El pobre!, creía que la cuestión ética era la última; ésa ni siquiera llega a

microscópica, y el diferencial Korzybskiano llega hasta las referencias submicroscópicas.

Como la realidad logra un grado de diferenciación casi infinito, y la lengua, aun la más rica, no le será jamás congruente, de ahí que la palabra requiera una elaboración complicadísima para corresponder a la estructura de la realidad. Entonces, entre esas dos estructuras media la mentalidad, diferente en cada individuo, y determinante de infinitas modificaciones de las otras dos. Añádase a esto la diferenciación en el tiempo, y se tendrá una idea del mecanismo del *Diferencial* de marras.

DIFERENCIAL DE LA ESTRUCTURA

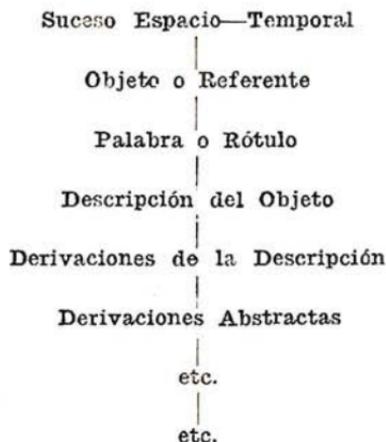


Fig. 12

Ahora escribo sobre un papel. Si fijo mi atención en este suceso, puedo seleccionar, entre varios objetos o referentes relacionados con esta situación, uno de ellos, el papel, para analizar su estructura diferencial. La pala-

bra o rótulo no es vitela, pergamino, cartón, *ware'el-ketabab*, papiro, *paper*, *Blatt papier*, o *carta*, sino papel. Es un objeto blanco, aunque puede ser de otro color; cuya existencia ha determinado, en parte, la cultura moderna

Papeles son papeles,
 cartas son cartas,
 palabras de los hombres,
 todas son falsas.

Y del mismo modo que hay *Convidados de Piedra*, para Tirso de Molina, los hay de Papel, para Benjamín Jarnés; pero Hobbie no podría representar ninguno de los dos papeles, a causa de su realismo semántico.

La intención de Korzybsky, a juzgar por su intérprete Wendell Johnson, fué contribuir a la sanidad mental del mundo contemporáneo, delatando la mala pasada que las palabras le juegan a los seres humanos desprevenidos. Cita en su apoyo el testimonio de un psiquiatra, el Dr. Coyne Campbell. Cuando sus pacientes lograban formular verbalmente sus dificultades con toda claridad y precisión, ya podía dárselos de alta. De ahí en adelante el paciente se cura solo. (Wendell Johnson, *People in Quandaries*, Harper, N. Y. 1946, Pág. 16). En fin, que los franceses, a partir de Descartes, tienen razón: la ciencia, el saber y la salud mental se reducen a ver con claridad y distinción y denominar con ese mismo rigor científico el contenido del pensamiento. De ahí la necesidad de determinar los planos de abstracción, el macroscópico y el inferencial o submicroscópico. La palabra *papel*, corona de ese profundo y complicado proceso, traerá en su cauda, como una soberana a sus damas de honor, un laberinto de planos de expresión verbal, que correspondan

a los planos de abstracción. Es una Nueva Retórica, destilada de la conciencia científica contemporánea. Es el método científico, tan sencillo y práctico, que aun los niños puedan aprovecharse de él. Si el maestro puede comprender la semántica de sus complicados diagramas y los alumnos aprovecharlos, aprenderán, no sólo a hablar, sino a ser científicos sanos y discretos.

Cuando yo vi un papel por vez primera, el verlo, tocarlo, estrujarlo, rasgarlo, masticarlo, etc., me dió la noción macroscópica del papel. Después aprendí a distinguir las clases de papel, según el material, la composición, etc., y esto agregó más nociones microscópicas. Con el tiempo el papel cambió de color, las reacciones químicas de su composición lo hicieron frágil, al fin lo eché al fuego y se deshizo en llama, humo y carbón: nociones todas del plano submicroscópico. Primero aprendí que esa noción submicroscópica se denominaba papel, y luego, de inferencia en inferencia, fuí extendiendo la órbita de esa palabra, y relacionándola con tantas otras, hasta alcanzar los horizontes infinitos de un nuevo mundo, el mundo del papel. Este es el papel que la semántica juega en el aprendizaje y uso de la lengua. Pero sin la colaboración de la *Loca de la Casa*, la imaginación, ¡buen papel haría la mente humana! Sería como la del gato, nunca llegaría a la formulación verbal, al rótulo, a la palabra. Ahora Korzybski y sus alumnos llegan ufanos de su *Ciencia y Sanidad*, para, por medio de la palabra, reducir a buen juicio a esa loca de la casa, que creó la palabra.

El cristiano sabe que la pobre palabra no es la culpable. Desde Adán y Eva hasta Mario Moreno (Cantinflas), el hombre culpable o atemorizado trata de ocultar

la realidad: "Oí tu voz y escondíme, porque tuve miedo, porque estaba desnudo". Esa no es la verdad, sino una metáfora mentirosa. La metáfora es, en su origen, un esfuerzo para escamotear la realidad, para no decir el nombre inefable, tabú. El culpable, de hecho o de intención, comienza mintiendo, para sí, y para los demás. Se acostumbra a la palabra falsa, hace de ella un hábito, y si tiene un bajo índice de capacidad para la mentira, su espíritu termina por perderse entre los vericuetos de un lenguaje falso o inadecuado. El lenguaje no es la causa, sino el efecto. Comenzóse por reflejar en la lengua una imagen falsa de la estructura real, y terminóse por caer en la propia red de su mentira. La vocación del predicador cristiano es para enseñar de nuevo el camino de la verdad; para curar la causa, no el síntoma solamente.

Sin embargo, no puede interpretarse la metáfora con este criterio pesimista, ya que toda lengua vital conlleva, además de su intención comunicadora, una fuerza natural de expresividad que, en cierto modo, convierte cada nombre, verbo, adjetivo o adverbio en metáfora. Porque la realidad es siempre más amplia que el concepto racional de la misma, porque la razón no es el único vehículo de percepción, y porque en la lengua se expresa no sólo el concepto racional, sino también toda la percepción de la realidad, el valor simbólico de la palabra va siempre más allá de la referencia lógica.

Tratando de desenvolver la doctrina de "la salvación por la fe", Melanchton confiesa su inhabilidad para agotar, en la fórmula verbal la riqueza de esa experiencia espiritual. (Cf. Wheeler Robinson, *The Christian Doc-*

trine of Man, Edinburgh, T. and T. Clark, 1926, pág. 221). Y así, cuando Jesús de Nazareth se refiere a esa misma experiencia, la señala con una metáfora: Reino de los Cielos, y procede a expresarse en parábolas que son otras tantas metáforas esclarecedoras.

El lenguaje no puede ser rigurosamente lógico porque la experiencia humana de la realidad no lo es; y el lenguaje es el símbolo expresivo de la experiencia. Así como la razón tiende a estilizar la experiencia, reduciéndola a esquemas de su abstracción con fines de pesquisa y orientación intelectual, también a la lengua. Pero ambas, lengua y experiencia, como funciones de una realidad mucho más amplia que la razón humana, la rebasan y confunden.

Jesús de Nazareth es el Logos, Palabra y también Razón de la realidad, porque es realidad misma, Persona, en la historia y en la eternidad. Es el más perfecto instrumento eurístico del predicador, para la búsqueda de la realidad, de la verdad y de su expresión: camino, verdad y vida.

“El lenguaje”, dicen los psicólogos Collins y Drever, “es un sistema convencional de signos expresivos, los cuales funcionan psicológicamente como un instrumento de análisis y de síntesis conceptual y prácticamente como un medio de comunicación entre individuos”. (*Psicología Experimental*, pág. 246). Lo cual equivale a decir que el lenguaje es órgano individual de expresión, pero no el único, de comunicación social y de pensamiento abstracto. En razón de ejercer estas tres funciones, la lengua es material artístico de primer orden. La mera interacción, el insulto, la fantasía mental, son modos lingüís-

ticos de expresión personal. Una carta, una conversación, un mandato, son formas de comunicación social. Tanto la una como la otra preséntanse en creaciones artísticas espontáneas, como son el refrán o la copla, el mito y el himno.

“Hay un más bello modo”, añade Sócrates, “de ocuparse del arte de la palabra; y este arte consiste en plantar y sembrar, cuando se ha encontrado un alma bien dispuesta, la ciencia del arte dialéctico, discursos que, en vez de ser sin fruto, engendrarán semillas que a su vez darán lugar a nuevos discursos en otras almas y sabrán de este modo asegurar por siempre la inmortalidad de su simiente y volver dichosos, en la medida que al hombre le es posible, a los hombres en posesión de ella”.

“Mientras no se conozca la verdad sobre cada cosa sobre la que se escribe o se habla, no se será capaz de manejar el arte de la palabra en la medida que la Naturaleza del discurso exige”. (Versión Bergua, Madrid, s. f., pág. 393).

Pasados los caminos de la dialéctica, se alcanza la cuarta perspectiva, de la verdad cristiana. Primero análisis, por medio de la palabra, después síntesis, y finalmente, formulación verbal para la comunicación. Proceso interno de ideación, en palabras, y externo de comunicación, en palabras. El predicador cristiano, vidente de Patmos, oyó de su interlocutor esta celestial declaración: “Yo soy siervo contigo y con tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús: adora a Dios, porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía”. (*Apocalipsis* 19:10).

La vocación del predicador es la de testigo de Jesús, en el espíritu de la profecía. El Capítulo II del *Génesis* es una de esas narraciones proféticas, escrita en clave de metáfora. "Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz sopló de vida". (*Gén.* 2:7). Este pasaje haría las delicias del amo de Hobie Baker. ¿Cuál es el objeto o referente? El hombre. Su rótulo o palabra es Adam, que significa barro colorado, lo mismo que púnico. ¿Qué es lo importante en la descripción del objeto y en las derivaciones concretas, históricas, culturales y abstractas hasta lo submicroscópico? Veamos dos detalles. Primero: Cuando se trata de la luz, Dios dice: Sea la luz. Si de la expansión, Dios dice: Haya expansión. Para los animales y las plantas, ordena Dios: Produzca la tierra. Si de las estrellas, el Soy la Luna, Dios manda: Sean lumbreras. Si Dios hace, se trata de *sasha*, como hace el artesano. Pero cuando se trata del hombre, dice Dios: Hagamos al hombre, y lo crea, *bará*, como hizo únicamente en el principio. Segundo: alentó en su nariz sopló, el mismo que había en la nariz de Dios, el *ruab*. El referente es el viento del desierto, el torbellino desde donde habló Dios con Job. Pero esas palabras: *asha*, *bará* y *ruab* no bastan, son arras solamente, Walpole las llama *tokens*, como si decimos que un hombre es un lobo.

En el *Evangelio de San Juan* nos sorprende Jesús diciendo a Nicodemo: "El viento de dondequiera sopla, y oyes su sonido; mas no sabes de dónde viene, ni a dónde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu". Espíritu, *pneuma* y *ruab* es igual a viento. (4:8). Al final de ese Evangelio, aparece Jesús entre sus apóstoles,

y les dice: "Paz a vosotros; como me envió el Padre, así también yo os envío. Y como hubo dicho esto, sopló y díjoles: "Tomad el Espíritu Santo". (20:21-22). Diez días después de la Ascensión "estaban todos unánimes juntos; y de repente vino un estruendo del cielo, como de un viento recio que corría, el cual hinchó toda la casa donde estaban sentados". (Hechos 2:1-2). He oído algunos portorriqueños referirse al cachetazo, acompañado del pateco (*Pax Tecum*), y el *resoplío* del Obispo cuando confirma; pero también he oído las proféticas metáforas de León Felipe al preguntarse *¿Quién soy yo?*, y contestar que tal vez se llama Jonás, o Job, arrastrado por el torbellino de Jehová. Es la misma metáfora, a través de cuatro mil años, y todavía llena de hondura semántica.

El ministro hereda su lengua, y con ella, su pensamiento. Tomar posesión de su herencia milenaria significa conocerla, depurarla; y en la medida en que lo hace, renovarla, enriquecerla, y con ella, también al pensamiento. Es con esa lengua milenaria, tan suya y tan ajena, que puede penetrar en el sentido de la vida y en los reductos de otras conciencias. Por el símbolo verbal, a la mente; por la mente, de nuevo a la vida. La lengua es primogénita de la copulación del espíritu con la realidad objetiva, por ella se enriquecen y reproducen ambos. Cuando la metáfora enciende la imaginación pueden ocurrir dos cosas: iluminarse el misterio de la realidad, u ofuscarse la visión del entendimiento. *¿Cómo lo hizo Jesús?*

"Abriré en parábolas mi boca; rebosaré cosas escondidas desde la fundación del mundo". (*Mateo 13:35*). Pero la parábola de Jesús era como la nube del *Exodo*,

tinieblas de día para los egipcios y fulgor de noche para Israel. (*Exodo* 14:20). Esta es la paradoja. Hobie Baker es inmune a la paradoja; pero Stuart Chase es alérgico a ella. "A vosotros", decía Jesús, "es concedido saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no es concedido. Porque a cualquiera que tiene se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo de parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden". (*Matteo* 13:11-13).

La conversación es el modo de discurso favorito de Jesús. "Es en la evolución de la conversación como hecho social", según de Laguna, "que encontraremos la clave para el desarrollo de aquellas actividades intelectuales superiores y más características del hombre". (pág. 286). Todas las conversaciones de Jesús, aludidas en los Evangelios, son modelos de magistral sabiduría. El joven rico, la mujer samaritana y los discípulos de Emmaús, son, además, ejemplo de versatilidad y abundancia de recursos del Maestro inimitable.

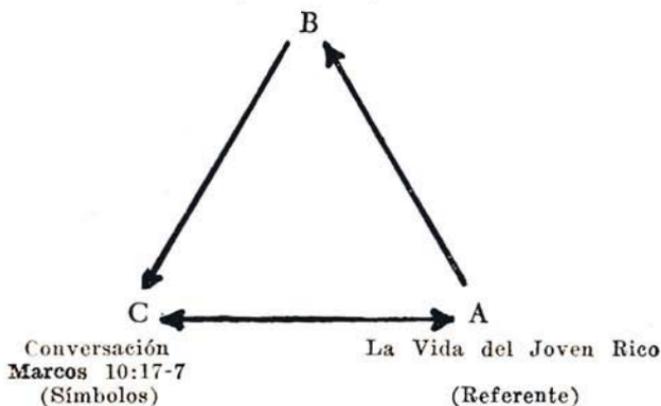
El joven rico pertenece a la aristocracia farisea. Viene a Jesús con todo el entusiasmo de su juventud, el engrimiento de su poder, y el bagaje ineludible de su historia. "Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna?" (*Marcos* 10:17). Jesús cuya propia esencia consistió en anonadarse y humillarse a sí mismo (*Filipenses* 2:7-18), comienza por descender al encuentro del joven. Sus primeras palabras van derechas a fijar la verdadera cuestión: ¿Qué es el bien? ¿Quién es bueno? ¿Por qué me llamas bueno? La vida eterna es el mayor bien. Cierto. ¿Qué hay de los mandamientos?

El pensamiento, la historia y la palabra habían perdido el sentido de su realidad, era necesario conducir al joven de la mano para colocarlo de nuevo frente a la verdad de lo real, del referente auténtico. Lo que tienes, los que nada tienen, lo que deseas tener, el vacío de tu corazón, los verdaderos referentes: hombre, mundo, relación y verdad. Ve, vende lo que tienes, dalo, y ven, sígueme, tienes tu cruz, luego tendrás tesoro en el cielo. Dos grandes referentes últimos: la persona y su destino final; ahí está el mayor bien. La palabra del Maestro llegó a su término, realizó su función sacramental, iluminó la relación entre la realidad objetiva: la posesión, los pobres, la ambición espiritual, la historia, de un lado, y el pensamiento, la voluntad, el mundo subjetivo, la referencia, del otro lado. El joven rico llegó corriendo, entusiasta y alegre; se retiraba con pesada, triste y prometedora lentitud, "porque tenía muchas posesiones". No quiso vender todas sus perlas para darlo todo a cambio de la perla de gran precio; pero "se fué triste". La palabra no regresó vacía. Esa retirada es indicio claro; la función sacramental se ha realizado, y a través de la palabra la referencia en la mente de Jesús desplazó la referencia en la mente del joven.

La trayectoria semántica en el caso de la mujer samaritana alcanza éxito distinto. Jesús llegóse a ella. El joven necesitaba comprender la vanidad de sus posesiones. La mujer Samaritana necesitaba descubrir el don de Dios. Por sus pasos contados, la palabra sacramental va iluminando la conciencia hasta alcanzar la verdad en el espíritu. (*Juan 4:24*). "Entonces la mujer dejó su cántaro", es decir, todo lo que tenía.

Triángulo Semántico en Jesús

Idea del Mayor Bien: Tesoro en el Cielo, en contraste con las posesiones del joven
(Referencia)

*Triángulo Semántico del Joven*

Contraste entre sus Posesiones y el Mayor Bien de Jesús
(Referencia)

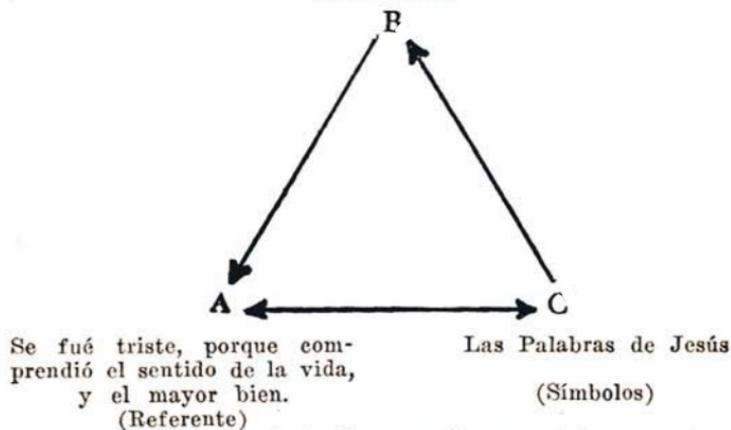
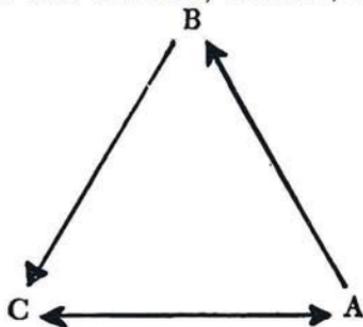


Diagrama de la Conversación con el joven

Fig. 13

Semántica de Jesús

Referencia: Idea de Mesías, adoración, don de Dios

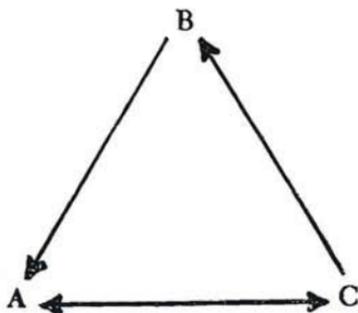


Símbolos: Dame de beber.
Sión y Gerizim. Dios: es-
píritu y verdad. "Yo soy, que
hablo contigo".

Referente: la mujer junto al
pozo de Jacob. Historia entre
Samaritanos y Judíos

Semántica de la Mujer

Conoció quién hablaba con ella
y el sentido de sus palabras



Referente: Dejó su cántaro.
Fue a la ciudad y contó lo
occurrido: "Me ha dicho to-
do... comprendo todo.. no me
rechaza, El, judío, a mí, sa-
maritana. "Quizás sea el Me-
sías". Juan 4:25 y 29.

Símbolo: La conversación con
Jesús

Diagrama de la Conversación con la Samaritana

Fig. 14

El joven rico aparece soberbio, seguro de sí mismo, una cosa nada más le faltaba, y ésa quería también poseer: la vida eterna. Se fué triste, porque había ganado el mundo; pero no se atrevió a ganar su alma. Hasta ese momento había vivido a lo Hobie Baker: alegre y juguetón como un gatito saludable; después viviría más triste, pero sería más hombre, gracias a la palabra sacramental. La samaritana aparece cargando agua, aire de jumento, pero alma soterrada de mujer. Se retira feliz, inundando su espíritu con el amanecer de una verdad renovadora. Cleofas y su amigo iban tristes camino de Emmaús. (*Lucas 24:13-35*). Habían acompañado a su maestro galileo por todos los caminos de la Palestina. “El cual fué varón profeta”, decían, “poderoso en obra y en palabra. Nosotros esperábamos que él era el que había de libertar a Israel”. Su grave error semántico los había sumido en la niebla de una desesperación tan profunda que ni siquiera reconocieron a Jesús cuando se les emparejó en el camino. “Oh insensatos, y tardos de corazón para entender”, respondióles el Maestro. “Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, declarábales en todas las Escrituras lo que de él decían... Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros... que era necesario que el Mesías padeciese, y resucitase, y se predicase en su nombre en todas las naciones. Vosotros sois testigos. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen”. El comentario de los dos peregrinos hacia Emmaús no puede ser más elocuente: “¿No ardía nues-

tro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" Añade entonces el evangelista esta nota, aun más elocuente: "Y levantándose en la misma hora, tornáronse a Jerusalén". El Fausto de Goethe vacila, no sabe decidir si en el principio era la palabra, el espíritu o la acción. Es innecesario, en el alfa, como en la omega, son los tres: el Verbo, el Espíritu y la Acción creadora.

El profesor Wendell Johnson analiza, como casos clínicos, las *Personas Perplejas* a causa de procesos semánticos defectuosos. Lo mismo hizo Maimónides en su *Guía de los Perplejos*, para sus contemporáneos de hace ochocientos años. Nadie como Jesús en el manejo de la palabra luminosa. La exaltación del joven rico, la oligofrenia aparente de la mujer samaritana, y la melancolía de los discípulos son tres casos que Wendell Johnson pudo incluir en su laboratorio de la perplejidad. Al hacernos testigos de su ministerio, Jesús nos proporciona "el espíritu de la profecía" (*Apocalipsis* 19:10), "la palabra profética más permanente" (2 *Pedro* 1:19). Pertenece al predicador el tomar posesión de esa palabra, administrar el sacramento que ilumina el sentido, para que los descarriados vuelvan al Camino, a la Verdad y a la Vida. El vidente oyó la Voz, anunciadora del fin, que decía: "Ellos han vencido por la sangre del Cordero, y la palabra de su testimonio". (*Apoc.* 12:11). Los dos sacramentos, los únicos instrumentos de la victoria permanente: la vida y la palabra.

Por la vida y por la palabra se llega un día a la presencia de la Persona, al misterio último de toda realidad. La verdad es la relación viva y funcional entre la persona y la realidad. La verdad se formula en el pensamiento invisible y toma cuerpo visible en la palabra. La persona invisible también se manifiesta a los sentidos corporales cuando toma carne de realidad espacial, y mente de realidad temporal. Así podemos señalar ese itinerario: de la realidad espacio-temporal, a la palabra físico-espiritual, de la palabra a la persona, de la persona a la verdadera realidad, ésta es la función sacramental de la palabra, nuestra verdadera comunión.

